

El último ladrón

por, José Luis Galar

Fez, 1946

Amo, por alguna razón, el sonido del chapaleo del agua sobre la pileta octogonal, toda cubierta por pequeños mosaicos blanquiazules. El bajo murete de ocho lados (no más de cincuenta centímetros de alto) forma un estanque donde nadan algunos peces de colores. Muchas veces me he sentado en él a contemplarlos.

Esta fuente del más puro estilo norteafricano me hace compañía, de forma intermitente, desde hace varios años. Ocupa el centro del pequeño patio de mi casa. Un pequeño edificio de dos plantas situado en una de las tortuosas callejas de la ciudad marroquí de Fez.

Una puerta en forma de arco de herradura, abierta en una de las cuatro paredes del patio, da acceso a las habitaciones de la vivienda. Mi ventana cae encima de esa puerta, y como en todas las ciudades del mundo árabe, mi ventana queda oculta a cualquier improbable observador que pudiera hallarse junto a la fuente, por una celosía muy elaborada con figuras de lacería en yeso de color blanco.

El suelo del patio es un embaldosado de pequeñas teselas blancas, azules y ocre que forman dibujos geométricos. Una franja de color terracota de algo más de un metro, a contar desde el piso, recorre todo el perímetro del patio.

Ahora es de noche. Una noche de un caluroso mes de junio. Me encuentro frente al espejo de un mueble de tocador que me hice traer de una tienda de antigüedades.

Hace algunos meses que ha terminado la guerra en Europa, y el espejo me devuelve la imagen de un hombre cincuentón, bien parecido, que sabe que no ha cumplido aún el sueño de su vida.

Esta mañana he estado paseando por las callejas de la vieja medina de *Fez el Bali*: el corazón de la ciudad medieval protegido por sus puntiagudas almenas. Sus jardines escondidos, los alegres gritos de los niños saliendo de sus madrasas, el melancólico canto de los musulmanes en plena oración, me han dicho que aún soy un hombre joven para intentarlo.

El olor a menta de un cafetín y el eterno grito de "¡barek!" (¡Cuidado!) al pasar un burro junto a mí por una de las angostas calles, han despertado las ganas de tomar un té; infusión que alterno con café, del que no puedo renegar.

Una vez dentro del tugurio donde he compartido estera con los orfebres, hojalateros, curtidores, tintoreros, talabarteros y demás trabajadores que se tomaban su respiro de media mañana, he pedido un té, una hoja de papel y una pluma.

Ninguno de los hombres que me rodeaban esta mañana sabían, ni probablemente sabrán nunca, que a su lado tenían al ladrón de diamantes más buscado del mundo. Al *hombre sin cara* del que tanto han hablado los periódicos de los cinco continentes en los últimos veinticinco años. Al tipo que en un baile en el palacio de Buckingham le birló a la reina de Inglaterra una de las maravillosas gargantillas que formaban parte de las Joyas de la Corona que hoy guarda la Torre de Londres. Este episodio nunca se publicó para no afrentar y dejar en ridículo la seguridad del Estado.

Soy un ladrón, en efecto. Pero no un cleptómano. No siento un impulso irrefrenable, una necesidad, de robar como sienten estos enfermos. Yo robo por puro entretenimiento. Por el placer de robar. Ni siquiera robo por dinero. Es cierto que esta actividad me ha proporcionado grandes beneficios, sin embargo, siempre he obtenido de las piezas robadas mucho menos de lo que un negociante mejor que yo hubiera podido obtener por ellas. Y es que no soy un mercader, porque el objeto del robo para mí no es maximizar el valor de lo robado, sino disfrutar del robo en sí mismo: de la preparación, de la vigilancia del objeto, de la ejecución material, y en algunas ocasiones: coleccionar de piezas raras o únicas.

¿De qué he vivido? Muy sencillo, soy diplomático de carrera. Nunca llegué a ser embajador, pero sí que he ocupado puestos secundarios en importantes embajadas del mundo; fundamentalmente europeas. Durante la guerra: he sido espía. No un agente activo tras las líneas. Realmente, no he corrido ningún peligro físico. Al empezar la guerra me retiré de la carrera diplomática, y me trasladé a esta ciudad con olor a madera de cedro en donde he residido todos estos años. Pero esto ha sido un hervidero de gentes variopintas. Una

especie de río revuelto de donde yo saqué buena pesca. Marruecos y, por supuesto, Fez han sido refugio de fugitivos políticos, hebreos, agentes dobles, aventureros, mercenarios, y todos alguna vez se han emborrachado y hablado con las gentes que a su alrededor fumaban kifi en el café. Yo aquí soy un viejo conocido y tengo mi propia red. Así que todo lo que se hablaba por los bajos fondos llegaba a mis oídos. Si bien es cierto, esta red me costaba algún dinero; a decir verdad, una suma nada despreciable; pero merecía la pena pagarla. Yo obtenía mucho más de lo que daba: la información para hacer retroceder al pilón nazi que amenazaba con apisonar Europa y al mundo entero.

Una vez más, insisto en que nunca vendí ninguna información. ¿Por qué? Quién sabe: tal vez soy un romántico.

¡Ah, robar! ¡Robar! Eso sí que es fascinante. Nadie puede imaginarlo. Un hombre tan respetable como yo ¡un ladrón!. No un ladrón cualquiera, sino *el hombre sin rostro*.

Soy un maestro del disfraz, del maquillaje, del transformismo. ¡Que impacto si me descubren! He de reconocer que mi vanidad, a veces, me aconseja dejarme descubrir. Quizá sea por eso por lo que mantengo esta relación epistolar conmigo mismo: me escribo una carta, la envío a través de correos a mi dirección y la leo. Después la guardo en este pequeño cajón de mi escritorio. Cuando he concluido un *trabajo* agrupo toda la serie de cartas que me he enviado sobre el *affaire* con la ayuda de una delicada cinta roja. Me parece romántico.

Hoy me he sentido viejo. He notado en mí la fiera venganza del tiempo. Estoy en la edad en la que algunos hombres buscan una mujer joven, aunque estén felizmente casados, porque necesitan autoafirmarse. Necesitan que alguien, en principio inalcanzable por su juventud, se fije en ellos. Así, tiran por la borda años de matrimonio feliz y buenas relaciones con la sangre de su sangre.

También yo estoy, ahora, en esa edad. Pero mi amor no es una mujer, y mi anhelo no es una jovencita. Nunca fui un esclavo de la carne. He tenido como todos mis desahogos, pero ya está. Nada más.

Mi amor es aquel diamante que se encontró no hace mucho tiempo en las minas de Sudáfrica, y que compró por una cifra imposible de recordar el viejo sultán de Brunei. Lo guarda bajo siete llaves en una cámara acorazada. Es una pieza para la que no encuentro calificativo con que poder describirla.

El dueño es un caprichoso. Y ahora se le ha antojado escindir el diamante en dos partes iguales. Dice que una de ellas se la entregará a una mujer de la cual está absolutamente enamorado y que conoció a bordo de un avión: una azafata. La otra se la quedará él.

De modo informal me prometí robar esa piedra, si tenía ocasión. Hoy, al ver que puede cometerse una barbaridad con ese trozo de purísimo carbono tallado en forma de brillante, al que costó cientos de millones de años llegar a cristalizar, me propongo evitarlo.

Voy a ir a Amsterdam. Allí se encuentra el tallista que el sultán ha elegido para cometer semejante barbaridad. Seguro que al tallista se le escapará alguna lágrima al cometer ese crimen (si no llego a tiempo para evitarlo o yerro en mi intento), pero seguro que esa congaja quedará consolada por los millones de florines que el inductor del crimen dará al profesional de la talla.

Mi delicada profesión -la de ladrón, no la de diplomático- me ha enseñado que la prisa y el ansia no son buenos compañeros. Así que prepararé sin prisa pero sin pausa mi golpe.

El cielo está estrellado en este caluroso junio. El olor de las especias de las tiendas que pueblan el laberinto de callejas de esta ciudad me embriaga.

Hoy, como todas las tardes, al caer el sol, he subido a la terraza de mi casa. Como se halla sobre un promontorio, aunque solamente tenga dos pisos puedo ver los tejados. Todos los días, como un rito, subo a ver el atardecer que baña de tonos dorados los terrados y las cúpulas de Fez. Veo cómo bulle la vida allá abajo. "Soy joven" me he dicho. Y he abierto con la ayuda de una yagabia la carta que esperaba procedente de Amsterdam.

Un amigo mío que trabaja en la industria del diamante, me comunica que, en efecto, el sultán va a enviar la piedra a un tallista. Concretamente al viejo Canisius. No hace falta apellido para Canisius. Es el típico hombre y nombre que dicen todo de la persona que los lleva. No hay otro Canisius que el *Viejo Canisius*. Nadie sabe la edad que tiene, pero se sospecha que debió *cristalizarse* junto al primer diamante de la creación. Y sin duda, si alguien puede hacer ese trabajo, es él.

Mientras meditando me quedo atrapado en los hilos del humo, de este aromático tabaco que fumo, frente a una negra porción de café, pienso que mañana debería tomar un autocar hacia Casablanca y, una vez allí,

comprar un billete de Air France con destino a París. Y luego otro vuelo a Amsterdam.

Amsterdam, 1946

Siempre me ha gustado Amsterdam. Su *Centrum* resulta enormemente romántico, con todos esos canales concéntricos, a lo largo de los cuales unas estrechas y altas casas con enormes ventanales iluminan tenuemente el indolente discurrir del agua.

Aún no sé cómo voy a robar el diamante. Seguramente vendrá entre unas grandes medidas de seguridad. La propia incógnita de *quién* y *cuando* lo va a traer ya es de por sí la mejor medida de seguridad. Podría venir una sola persona con él en el bolsillo, que si no se quién ni cuándo viene, nada puedo hacer.

Hoy me he entrevistado con mi amigo en una barcaza en el canal de Heren (de los señores) que le sirve de vivienda. Es curioso cómo un barco puede resultar tan confortable. Mi amigo saba que tengo que ver con los diamantes. Pero no sabe que soy un ladrón. Tal vez lo imagina; pero no pregunta. Solo compra y vende. Nunca preguntan. Saben que *saber* trae problemas gratuitos e innecesarios: problemas que no rentan.

Yo nunca he hablado directamente con Canisius, el maestro. Canisius es un técnico en diamantes, no un comerciante. Por lo tanto nunca he tenido necesidad de él. Mi amigo, sí.

Me ha dicho que el viejo está nervioso. Yo he ofrecido a mi amigo una buena suma por una información que para todo el mundo resulta inocua. Sabe que si me la da nadie saldrá perjudicado. pues, mi amigo piensa que como diplomático más me interesa seguir la pista política del diamante (él cree que hay una pista política, es absurdo: que siga creyéndolo. Quizá lo crea por interés: por dinero) que el diamante en sí.

Ahora sé que cuando Canisius se proponga escindir la pieza yo me enteraré. Mi amigo me lo dirá, curiosamente él, de forma indirecta, va a participar ya que tiene que proporcionarle al viejo maestro una delicada herramienta de precisión. El mundo del diamante es muy cerrado.

Cuando Canisius pida la herramienta es porque ya tiene la pieza.

No tengo un plan definido. Lo mejor será observar. Dejar pasar el tiempo. Confiar en que habrá alguna señal o indicio que me indique qué hacer. También puede pasar que no pase nada y, entonces, habre perdido la ocasión. Probablemente, la única ocasión.

Duelmo en un pequeño hotelito que hay junto a la Estación Central. Y cada mañana me apostó en un café que hay frente a la puerta del anciano tallista, y controlo las entradas y salidas de la gente que le visitan. De momento, nadie me ha parecido que tuviera el aspecto de ser el encargado de llevar a cabo esa misión.

Hoy me he quedado un poco perplejo. Una de las visitas del viejo Canisius ha sido una enigmática -a la par que hermosa- mujer de piernas largas, embutida en un traje sastre de falda de tubo y tocada por un gracioso sombrero que lanzaba una sombra suficiente para no ver su rostro con total claridad. Sin embargo, no sé por qué, se me antoja bella.

Un pálpito de viejo ladrón me ha dicho que debía seguirla después de que saliera de la casa del experto en diamantes. Y así lo he hecho.

Sus pasos me han encaminado al *Rotlämpchen-Viertel* (Barrio Rojo). Mientras seguía a la mujer del sombrero el crepúsculo iba lamiendo el cielo y la noche casi ha caído al llegar a la calleja donde tenía su guarida. Escaparates enmarcados por tenue luz fluorescente y roja mostraban mujeres semidesnudas a quien quisiera alquilarlas por un tiempo.

Las casas en Amsterdam, y sobre todo en ese distrito, tienen una fachada estrecha y alta. Las escaleras son angostas y no es fácil subir la escalera de caracol inmediatamente detrás de alguien sin que se entere. Así que he preferido esperar frente a la casa para ver que ventana se encendía. Todos los ventanales del edificio estaban apagados en ese momento. De repente, en el piso más alto, en el apartamento de la derecha una luz ha prendido. "¡Ya está!", me he dicho.

Bajo un chaparrón de mil demonios, he aguantado hasta que después de la media noche se apagó la luz. La mujer no salió del portal. La conclusión es fácil: se había acostado.

En mi larga trayectoria de ladrón, he adquirido algunas habilidades. Entre otras está la de forzar puertas de domicilios sin ser oído. Una puerta tan endeble no ha presentado ninguna dificultad.

Si he de trabajar en la oscuridad, siempre espero a que la pupila se acostumbre a ella. Antes de usar la ganzúa apropiada de mi estuche de ganzúas, he estado un rato con los ojos abiertos en la oscuridad. De paso, he pegado el oído a la puerta por si algún ruido delataba actividad. Nada.

Unos segundos después he metido en la cerradura el fino alambre. He abierto con sumo cuidado para evitar

el quejido de los goznes y... ¡por fin, dentro!

Con pasos elásticos de lince he ido por toda la casa hasta dar con el dormitorio de la mujer. He entrado sigilosamente. Me he acercado a la cama. En silencio he querido observar su rostro. La luz de la luna de posguerra entraba a través del cristal. Un jirón de sombra proyectado por una de las columnas que sostenían el dosel de la cama, caía en la parte de la almohada donde reposaba su cabeza. Yo, como una fiera al acecho, encorvado sobre mi mismo, con mi gabardina llena de agua y sin quitarme el panamá, he rodeado la cama para ir junto a la ventana y mirar de frente su tal vez -casi con toda seguridad- hermoso rostro.

Todo ha sucedido de repente. Al mismo tiempo que vislumbraba que en la cama no había una persona, sino una almohada tapada como si alguien estuviera durmiendo, una voz desde la puerta me ha dicho: "Que tal querido. Cuánto tiempo sin verte".

Esa voz de timbre grave, sin llegar a ser una voz masculina, me ha helado la sangre en las venas.

Me he girado y allí estaba ella. Seguía enfundada en su traje de chaqueta con falda de tubo. Sólo que, ahora, su melena morena no estaba recogida por el gracioso sombrero y caía en ligeras ondas sobre sus hombros. Fumaba bajo el humbral. Seguía exhalando el humo sensualmente en pesadas espirales ascendentes. Exactamente igual que la última vez. En aquella ocasión me había sacado de un buen apuro. Puede decirse que me había salvado la vida.

- No sé por qué imaginaba que te encontraría por aquí. En Amsterdam me refiero -me ha dicho ella soltando otra bocanada de humo.

- Has estado en casa de Canisius -he dicho yo. No era necesario disimular.

- Dónde más puede estar hoy una ladrona de diamantes.

- Tú también vienes a por él... Nuestra vieja apuesta.

- Sí. Nuestra vieja apuesta. Ya ves lo que he sido capaz de hacer.

- ¿Entonces tú...?

- Sí, yo soy la *prometida* del sultán.

No he podido aguantarme la risa. Era cómico. El azar nos había juntado en plena guerra hacía tres años, yo como exdiplomático y ella como gemóloga, en el Marruecos alemán. Yo no había caído muy bien a los nazis y estaban a punto de perder la paciencia. Y si la perdían tal vez... Ella con su encanto les persuadió de que no era un tipo peligroso, sino más bien beneficioso para su causa. Yo, agradecido la invité a cenar y después a bailar en un cafetín. Nos acostamos. Ella no sabía que yo era un ladrón de diamantes. Yo no he sabido hasta hoy que ella también lo era.

Aquella noche hablamos precisamente de esta piedra singular. Y entre champán y amor hicimos una apuesta: quien tuviera el diamante al finalizar la guerra, podría pedir al otro cualquier cosa.

- Ya ves, no olvidé la apuesta -me ha dicho acercándose a mí.

- Ya ves, yo tampoco.

- Canisius la ha recibido hoy. Vayamos juntos mañana a por ella.

- No daría resultado. Eres la prometida del sultán.

- Que absurdo eres. Eso es lo que me gusta de ti: truhán y caballero. El sultán ni me ha puesto un dedo encima. Conseguí, como Sherezade, mantenerle a raya. Mi precio era el diamante. Una vez en mi poder pensaba fugarme.

- Ya.

- Quédate. Afuera es de noche y llueve tanto...

Y me he quedado. Ahora ella duerme y yo me escribo una carta a mí mismo a mí dirección de Fez. Mañana tendremos la piedra. Luego, ya veremos.

Hoy ha amanecido radiante. Hemos ido a casa de Canisius. Yo he esperado abajo. Ella ha subido. Poco después me ha llamado. He subido. Canisius había desaparecido.

El tipo que regentaba el bar donde yo había hecho guardia durante varios días, nos ha dicho que esta mañana muy temprano, con el alba, ha visto salir a Canisius con una maleta grande. Le ha preguntado adónde iba. Y Canisius le ha respondido con uno de esos guiños tan característicos en él: "Me voy adonde me lleve la belleza pura la propia luz".

Fez, 1946

El bimotor está tomando tierra en el aeródromo de Fez. Vuelvo a mi refugio espiritual. A mis atardeceres

dorados como los peces de mi estanque que chapalea en mitad de mi patio embaldosado con pequeñas teselas.

La mujer del sombrero se alejó de mi camino de Berlín con el misterio de adiós que deja tras de sí el tren. El faro quedó balanceándose en la barrera.

Estoy en la terraza de mi casa viendo cómo la vida bulle en las callejuelas de la vieja medina: como sangre en las venas.

No puedo evitar sonreír y decir ¡Canisius, viejo zorro! Esta es la sorpresa que guardabas para tu vejez. Tu corte de mangas al mundo entero. ¡Brindo por ti, viejo Canisius! Todo el mundo debería tener su momento de gloria.

Pero llaman a la puerta... ¿Quién es?

Desearía al abrir ver un sombrero, una falda de tubo, y pesadas espirales de humo gris ascendiendo hacia el crepuscular cielo de Fez.